perlas no se colocaria nunca sobre una frente tan hermosa si el señor de Gordes consintiera á ello.

—¿Sabeis algo?

—Sé que ha pedido la mano de una jóven, que le ha sido otorgada, y que su matrimonio es cosa hecha.

Una palidez mortal cubrió el Rostro de Renée.

—¡Se casa!—balbuceó.

—Sí.

—¿Qué le vamos á hacer?—dijo reprimiendo su ira.—Es libre. Su dinero y su fortuna me pudieron ilusionar por un momento, pero, creedme, no le amaba. Era cuestion de conveniencia. Mi corazon estaba completamente tranquilo. Podeis hablarme de ello sin reparo. Y ¿con quién se casa?

—Con Juana—contestó el marqués pronunciando débilmente este nombre.

Renée tembló de piés á cabeza, como un viajero sorprendido en medio del camino por la aparicion de una fiera.

—¡Juana!—repitió ella.—¿Qué Juana?

No queria dar crédito á lo que oia.

—Juanita, vuestra hermana pequeña.

El rostro de la jóven se demudó completamente. Parecia un cadáver. Toda la sangre de sus venas se encerró en el corazon.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—¡Renée! -gritó Roberto.—¡Mi querida Renée! ¿Os poneis mala?

—Nó—respondió haciendo esfuerzos por recobrar su serenidad.—No es para tanto. ¿Hay nada mas natural que Raoul se case con Juana? Les doy mi enhorabuena. Que el matrimonio les haga muy felices. Pero no sabia nada.... Os agradezco que me lo hayais advertido. Por lo visto me lo ocultaban... Se desconfia de mí.... injustamente. Dia llegará en que me hagan justicia. ¿Comeis con nosotros?

—Nó. Me vuelvo á la Tour du Roy, donde he dejado al conde.

—Pues no os detengais. No hagais padecer al enamorado caballero, que os esperará contando los minutos. Adios, hermano mio. Un abrazo á Lazarine.

Renée, pálida, descompuesta, salió del gabinete, subió vacilante la escalera que conducia á su habitacion, teniéndose que sostener con el pasamanos, y una vez dentro, se encerró con aire desesperado.

Sola, sin testigos, dejó manifestarse libremete la tempestad que se habia reconcentrado en su alma.

Dominada por un acceso de locura nerviosa, se revolcó durante largo rato en su lecho, golpeándose el pecho horriblemente y desgarrándose la ropa.

Pensó promover un escándalo, reclamar sus derechos, echar en cara á Raoul su traicion y su inícua burla.

Esta situacion duró una hora.

Y la reflexion vino en seguida, cayendo sobre aquel cerebro exaltado como una ducha de agua helada.

Renée comprendió que carecia de todo derecho y que el conde, no comprometiéndose á nada, en nada habia faltado.

Su exaltacion se calmó de repente, la fiebre desapareció y el ódio entró á reinar por completo en aquel corazon egoista.

Juana, la cándida y angelical niña á quien la casualidad habia hecho su rival, fué desde aquel instante el blanco de sus iras.

—Una impremeditacion—pensó—iba á hacer imposible mi venganza. Paciencia, Juana, paciencia. El que sabe esperar es fuerte. ¡Yo te aseguro que no disfrutarás mucho tiempo de la felicidad que hoy me robas!

. . . . . .

. . . . . .

Mes y medio despues se celebraba el matrimonio de Juana y Raoul en la iglesia de Hojas-Verdes.

Renée ocultaba con su sonrisa el hondo pesar que devoraba su alma.

Máximo Giraud, arrodillado detrás de un pilar en el fondo de una capilla, inclinaba la cabeza y se ocultaba de todos para enjugar una lágrima ardiente que escaldaba su mejilla al caer.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

XLV

Así las cosas, pasaron unos cuantos meses.

El marqués de la Tour du Roy tenia la invariable costumbre de dar todos los años grandes fiestas cinegéticas, que comenzaban siempre en los primeros dias de Setiembre, y para los que se contaba desde luego con la flor y nata de los cazadores y aficionados del departamento.

Durante una semana, la antigua residencia señorial de los marqueses de la Tour du Roy en Orleans ofrecia un aspecto embriagador.

Desde los primeros albores de la mañana se percibia el tiroteo de los cazadores en el parque del palacio y en los bosques vecinos.

A la caida de la tarde los guardas y ojeadores regrasaban al castillo cargados de caza, y los convidados olvidaban su cansancio sentados á la mesa del comedor, suntuosamente servida.

El choque de los vasos y el zumbido de los tapones del *Saint-Péray*, del Cliquot y del vi-